

28—Andar por el Espíritu

«SI VIVIMOS por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No busquemos la vanagloria, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros” (Gál. 5: 25, 26).

Muchos se engañan a sí mismos porque aun cuando aceptan la verdad no están santificados por medio de ella. Para disfrutar de una experiencia religiosa correcta es esencial conocer bien la teoría de la verdad, sino que además el corazón y la mente tienen que ser moldeados, y los hábitos deben estar en armonía con la voluntad expresa de Dios. La Palabra, los requerimientos de Dios, han de ser estudiados. Porque si aceptamos en nuestra experiencia principios incorrectos, también aceptaremos ideas falsas respecto a lo que significa ser un cristiano, y no se considerará que obedecemos la voz de Dios. No podremos discernir espiritualmente el carácter de Dios, o aceptar a Jesucristo por fe, a menos que nuestras vidas y caracteres se distingan por la pureza, derribando argumentos y toda

Manuscrito 39, 1895. altivez que se levante contra el conocimiento de Dios, llevando asimismo cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.

El alma debe ser purificada

Es el pecado lo que ha hundido y degradado las facultades del alma; pero por medio de la fe en Jesucristo como nuestro Redentor, podemos ser restaurados a la santidad y a la verdad. Todos los que quieran aprender de Cristo deben ser vaciados de la sabiduría humana. El alma debe ser purificada de toda vanidad y orgullo y despojada de todo lo que la ha mantenido en sujeción. Cristo debe ser entronizado en el corazón. La constante lucha interior, como resultado del egoísmo y la suficiencia propia, tiene que ser reprendida, y la humildad y la mansedumbre deben desterrar al egoísmo.

Me aflige en gran manera ver a hombres y mujeres que profesan el nombre de Cristo, y que, sin embargo, no manifiestan el sentir de Cristo, y creo que se encuentran en un error fatal. Muchos están satisfechos con una simple apariencia religiosa. No tienen un conocimiento práctico de las virtudes de Cristo, tampoco tienen una conexión vital con Jesús. Escuchan la más aguda presentación de la verdad, pero no la aplican a sus propias almas, porque están revestidos con un manto de justicia propia. Cada impresión provechosa es rechazada bajo el pretexto de que ya son cristianos, y que los llamamientos directos y penetrantes no son para ellos.

La función del Consolador

El más solemne mensaje del gran Maestro, enviado a través de sus siervos escogidos, se pierde porque no se aprecia la necesidad de tal amonestación o llamado. Muchos no han llegado a darse cuenta de que están enfermos y que necesitan de un médico. Cristo dijo: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos».

La solemne convicción del pecado llevará a todo individuo a temblar ante la palabra de Dios, y a entregar sus costumbres, sus pensamientos y su voluntad a Dios. Tiemblo cuando veo a tantos que se sienten absolutamente satisfechos. Admitirán que tienen poca experiencia en los asuntos religiosos, y cuando se les presenta la ocasión de adquirir dicha experiencia no avanzan, porque no sienten la necesidad. De ese modo, el asunto concluye donde empezó, puesto que no buscan la iluminación divina con verdadera contrición del corazón.

Es únicamente en el altar de Dios donde encendemos la vela con un fuego santo. Únicamente la divina luz revelará la pequeñez, la incompetencia de la capacidad humana, y proporcionará claras e inconfundibles visiones de la perfección y pureza de Jesucristo. Únicamente al considerar su justicia sentiremos hambre y sed de poseerla. Al suplicar con oración fervorosa, con humildad y sencillez, como un niño pequeño pide a su padre terrenal algo bueno, Dios nos concederá nuestra petición. Tal oración será escuchada y contestada. El Señor está más dispuesto a conceder el Espíritu Santo a quienes lo desean fervorosamente, que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. Cristo ha prometido el Espíritu Santo para guiarnos a toda verdad, justicia y santidad. El Espíritu Santo es dado sin medida a aquellos que fervientemente lo buscan, a los que por fe dependen de las promesas de Dios y claman la promesa de Dios, diciendo: «Tú lo has dicho. Yo te creo».

El Consolador nos ha sido dado para que tome de las cosas de Cristo y nos la muestre; para que pueda presentar en su rica garantía las palabras que salieron de sus labios y comunicarlas con poder vivo al alma que es obediente, que se ha vaciado del yo. Es entonces que el alma recibe la imagen e impronta de lo divino. Entonces Jesucristo, la esperanza de gloria, se forma en nuestro interior.

«Por tanto, mirad por ustedes y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre» (Hech. 20: 28). Aquellos que son llamados a ser pastores del rebaño de Dios, también son llamados para ser colaboradores con Dios. El Señor Jesús es el gran obrero, y él pidió a su Padre que sus seguidores fueran santificados por medio de la verdad. Si somos hacedores de la palabra de Dios, entenderemos que no podemos albergar ningún hábito pecaminoso ni participar en alguna acción deshonesto o engañosa. Su verdad, su palabra, tiene que ser presentada con poder divino en nuestros corazones, y tenemos que purificarnos obedeciendo la verdad. Tenemos que renunciar a lo oculto y vergonzoso, a toda astucia y asechanzas satánicas. Hemos de estar donde seamos capaces de discernir los lazos del diablo, quien está al acecho para engañar. El pecado debe ser percibido en su verdadero y odioso carácter y expulsado del alma.

Todos los que predicán la palabra con precisión y verdad harán una presentación justa de ella. De ninguna manera debemos utilizar el engaño, no debemos manejar la palabra de Dios deshonestamente. Hemos de permitir que la cruz de Cristo se destaque en nuestra enseñanza. No hemos de esconder el evangelio, o cubrir la cruz de Cristo con adornos de rosas, y así hacer vana nuestra predicación. Que nadie rehúya la cruz de la abnegación.

Revelar a Cristo

Hagamos clara la enseñanza de lo que significa ser cristiano. «Si alguno quiere venir en pos de mí», dijo Jesús, «niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame». «El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él». El alimento es la esencia de lo que ingerimos para que nuestros cuerpos puedan ser fortalecidos y desarrollados. De igual forma hemos de alimentarnos con todo lo que edifique nuestra naturaleza espiritual. Jesús dijo: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida».

Nuestros cuerpos se nutren de lo que ingerimos, así nuestra naturaleza espiritual se nutrirá de aquello que comemos. Si nos alimentamos de Cristo, al pensar en él y obedecer sus palabras, seremos edificados en él, y crecemos en gracia y en el conocimiento de la verdad hasta la completa estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús. «Recibiendo nosotros un Reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia» (Heb. 12: 28).

Mientras Dios obra en nosotros el querer, hemos de cooperar con él manifestando una determinación como la de Daniel para hacer su voluntad. Los maestros de la palabra de Dios no han de rehuir ninguna parte del consejo divino, no sea que los miembros del pueblo ignoren cuál es su deber, y no entiendan cuál es la voluntad de Dios respecto a ellos, y tropiecen y caigan en perdición. Pero mientras el que enseña la verdad debe ser fiel al presentar el evangelio, nunca debe enseñar un compendio de temas que la gente no puede comprender porque son nuevos para ellos y difícil de entender. Tomen un punto a la vez, y explíquenlo, hablando despacio y con voz clara. Hablen de tal manera que la gente sepa cuál es la relación de ese tema con otras verdades de vital importancia.

Todo aquel que llega a ser un maestro, debe también llegar a ser un alumno y sentarse diariamente a los pies de Jesús. Es imposible para alguien usar bien la palabra de verdad, a menos que fervorosamente busque sabiduría de lo alto para entender lo que se enseña en las Escrituras. El Espíritu Santo tiene que encauzar la palabra dirigida al corazón. Si el que predica se esconde a sí mismo en Cristo, será difícil crear prejuicios en los corazones de aquellos que están buscando la verdad como a un tesoro escondido, porque él revelará a Cristo, no a sí mismo.

«Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la

unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efe. 4: 11-13). Aunque Dios ha puesto diferentes obreros en la iglesia, nadie puede ser negligente en el cumplimiento de su deber.

Lo que pertenece a Dios

Que nadie descuide dar instrucción fiel y clara respecto a la devolución del diezmo. Que se enseñe que hay que devolver al Señor lo que él reclama como suyo, porque la bendición del Señor no descansará sobre un pueblo que le roba sus diezmos y ofrendas. A menudo será necesario presentar ante la gente su deber respecto a este asunto, a fin de que pueda devolver a Dios lo que le pertenece. Aquel que presente primero la verdad debe ser fiel y enseñar dicho tema, y asegurarse que se le dé seguimiento. También debe aclarar el mandato de Dios respecto a diezmar, para que el pueblo pueda ver que los obreros están enseñando la misma verdad en todos los aspectos, y concuerdan al instarlos para que obedezcan todos los requerimientos de Dios.

Tengan tacto los obreros y no den alimento sólido a aquellos que son niños. Aliméntelos con la leche espiritual no adulterada de la Palabra. Bajo ninguna circunstancia mezclen su propio espíritu e ideas con la verdad ni sustituyan los preceptos de Dios por tradiciones o conjeturas. Permitan que la gente reciba la verdad tal como se expresa en Jesús, y no la mezclen con brebajes de la propia invención de ustedes. De ser así, la presentación de la verdad tendrá un sabor tan fuerte al yo, que repugnará a los oyentes.

Digan con Pablo: «Nada que fuera útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo [...]. Yo os declaro en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos, porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios» (Hech. 20: 20, 21, 26, 27). Hay una obra más importante que debe ser hecha, a fin de que ustedes puedan escudriñar las Escrituras para que puedan declarar a aquellos con quienes ustedes se relacionen todo el consejo de Dios.